
El conflicto político que se vive en Cataluña y en relación con España únicamente podrá resolverse si lo diagnosticamos con toda su complejidad; nada garantiza que de un diagnóstico certero se siga fácilmente la solución, pero podemos estar seguros de que afrontarlo con simplicidad nos conducirá con toda seguridad hacia el fracaso.

DANIEL INNERARITY

En resumen: un Imperio ruinoso hizo un Estado débil, el cual construyó una Nación incompleta, la cual sustenta una Democracia minoritaria. Esta es, en pocas palabras, la historia política de la España moderna.

JOSEP M. COLOMER

En Cataluña nunca habrá tiros, pero democráticamente son capaces de poner al Estado español contra la pared. En Euskadi es un problema de violencia, pero no tiene la rotundidad de Cataluña.

ALBERTO OLIART,
exministro de Defensa

Consideremos octubre de 2017 como un buen ensayo general y corri-
jamos sus errores.

XAVIER VENDRELL,
exconseller de Governació de la Generalitat

Índice

Asumir la complejidad o prefacio para todos los públicos	13
1. ¿Un momento estelar?	23
2. El éxito de un relato	37
3. A cal y canto	49
4. La prisa	61
5. Cuando le llamaban separatismo	79
6. Pujolistas, marginales y <i>cridaires</i>	107
7. La gran mutación	131
8. Ignorancias cruzadas	161
9. Variaciones sobre la violencia	173
10. Trampantojo	199
11. Identidades procesadas	217
Cronología del proceso catalán 2009-2019	235
Bibliografía	251

Asumir la complejidad o prefacio para todos los públicos

El proceso independentista catalán es la crisis más importante de España desde la recuperación de la democracia. Todo lo que ha pasado desde el año 2010 y, sobre todo, los hechos de octubre de 2017 han cambiado el paisaje de nuestra vida pública. Lo que durante décadas se denominó «el problema catalán» es hoy un fenómeno nuevo y estrechamente vinculado al desgaste del sistema democrático español y a las tensiones que recorren la Europa de nuestros días. Lo global y lo local se funden en un movimiento que, surgido desde dentro del catalanismo político y ampliamente seguido por las clases medias, se plantea la independencia de Cataluña.

Cerca de dos millones de ciudadanos han abrazado el proyecto de un país independiente, en lo que ha sido un cambio de mentalidad colectiva a un ritmo vertiginoso desde el día que el Tribunal Constitucional emitió una sentencia que invalidaba aspectos esenciales del Estatut autonómico aprobado en 2006. El proceso catalán ha acelerado el tiempo de la política y nos ha hecho vivir dentro de un vendaval. La densidad de acontecimientos dificulta la comprensión y pide perspectiva. ¿Cuáles son las claves imprescindibles para comprender lo que hay detrás del referéndum ilegal del 1 de octubre, la posterior declaración unilateral de independencia, la inmediata intervención de la autonomía con el artículo 155 de la Constitución, los comicios al Parlament que ganaron las fuerzas independentistas, y el papel de los dirigentes políticos en prisión y en el extranjero? Conocerlas es el objetivo de estas páginas, que tienen la voluntad de iluminar todos los ángulos de una realidad marcada por la confrontación.

Este libro es un ensayo sobre el ensayo general de una revuelta. He querido escribir una interpretación del proceso que permita en-

tender esta realidad más allá y más acá de la espuma de las apariencias, del impacto del choque y del ruido omnipresente. Una interpretación crítica, matizada y poliédrica que arraiga en los hechos y que rehúye los excesos teóricos que olvidan la realidad, porque ninguna reflexión es válida si prescinde de la dimensión fáctica y la sustituye por meras conjeturas, especulaciones o impresiones personales del autor. El acontecimiento del que pretendo hacer una disección ha sido definido por unos como «*revolució dels somriures*» (revolución de las sonrisas), otros lo han calificado de «golpe de Estado», y unos terceros lo han visto como «un farol». Más allá de estas etiquetas, nos interesa analizar a fondo el origen histórico, las causas, los factores determinantes, las circunstancias especiales y los protagonistas de una crisis que todavía está abierta, y cuya trascendencia no podremos valorar correctamente hasta que pasen muchos años.

A caballo entre la historia del presente, el periodismo y el análisis político, este trabajo se dirige a los lectores de toda ideología, sensibilidad y origen (centralistas, autonomistas, federalistas, independentistas y aquellos que no saben qué pensar) para subrayar la enorme complejidad de un proceso que –menos que una revolución y más que una protesta– exige un gran esfuerzo para salir del callejón sin salida. La primera víctima de cualquier conflicto es la complejidad antes que la verdad. Si no tenemos ganas de asumir esta complejidad incómoda de manera decidida, no seremos capaces de abandonar las trincheras y las visiones simplificadoras de parte. Y no seremos capaces tampoco de dialogar para encontrar una solución o una salida.

Quien escribe este libro tiene, obviamente, un punto de vista y no se puede desencarnar de la condición de ciudadano con un pensamiento determinado sobre los asuntos públicos, pero también es alguien que quiere desmarcarse de las explicaciones fáciles, superficiales, propagandísticas o meramente oportunistas. Quien escribe este libro tiene la necesidad de explorar a fondo el proceso catalán para ofrecer una visión contrastada, que evite los tópicos, la caricatura, la descalificación de unos y de otros y, sobre todo, los mensajes que todo lo justifican. En este sentido, y salvando todas las distancias que sea menester, hago mía una reflexión y una advertencia

de Hannah Arendt, un referente intelectual que acompaña mi itinerario vital y profesional: «Los hechos que tengo en mente son de conocimiento público, y sin embargo el mismo público que los conoce puede convertir en tabú su discusión pública y, con éxito y a menudo con espontaneidad, tratarlos como lo que no son, es decir, como secretos». Mi modesta aspiración es que, una vez leídas estas páginas, los contrarios y los partidarios de la independencia de Cataluña estén más predispuestos al escrutinio de sus respectivas posiciones, y estén más abiertos a tener en cuenta los hechos que desmienten sus creencias más intocables. Mi objetivo es abrir rendijas de duda razonable en cualquier ciudadano, sea cual sea su idea sobre este conflicto.

Se han publicado docenas de libros sobre el proceso catalán, buenos y malos, escritos desde visiones diferentes. Hoy, tenemos al alcance desde memorias de algunos protagonistas de los hechos hasta textos abiertamente panfletarios, pasando por volúmenes fotográficos y de recuerdo, obras de tesis política y algunos grandes reportajes. Entre estos últimos, quiero destacar, por su calidad, *El naufragio*, de Lola García, y *Los entresijos del procés*, de Oriol March, aportaciones que ofrecen la crónica de un periodo de noticias incasantes. Mi intención no ha sido volver a explicar lo que estos y otros colegas ya han narrado con conocimiento y eficacia, sino observar el cuerpo del proceso bajo una luz diferente, tomando más distancia histórica y haciendo cortes transversales en el acontecimiento. He ido a buscar y he pretendido poner bajo el microscopio lo que, a mi parecer, han sido los errores políticos principales de concepción, decisión y realización de los dirigentes independentistas. También he querido plantear preguntas sobre la crisis catalana que todavía no se habían formulado o preguntas conocidas que, tal vez, necesitaban ser repetidas o concretadas de manera distinta.

Este ensayo que tienen en las manos –nacido en buena parte de la presión amable de algunos amigos, como el consultor político Antoni Gutiérrez-Rubí– no trata una situación cerrada, como es evidente. El ensayo general de esta revuelta terminó el 27 de octubre de 2017, pero el independentismo catalán sigue existiendo y no parece que vaya a desaparecer en los próximos tiempos. Por lo tanto, en este libro se estudia una realidad dinámica que tendrá

una u otra forma de continuidad y sobre la cual es mejor no hacer muchas previsiones. En todo caso, sí quiero remarcar que, en el momento de concluir estas páginas, ha quedado visto para sentencia el juicio contra los políticos independentistas celebrado en el Tribunal Supremo, cuyo resultado marcará inevitablemente el futuro. El juicio ha sido un acontecimiento excepcional añadido a un periodo muy lleno de hechos excepcionales, donde hemos visto sentados en el banquillo de los acusados a Oriol Junqueras, exvicepresident del Govern; Carme Forcadell, expresidenta del Parlament; Joaquim Forn, exconseller de Interior; Jordi Turull, exconseller de Presidència; Raül Romeva, exconseller de Afers Exteriors; Josep Rull, exconseller de Territori i Sostenibilitat; Meritxell Borràs, exconsellera de Governació; Carles Mundó, exconseller de Justícia; Santi Vila, exconseller de Empresa; Dolors Bassa, exconsellera de Treball i Afers Socials; Jordi Sànchez, expresidente de la Assemblea Nacional Catalana(ANC), y Jordi Cuixart, presidente de Òmnium Cultural; nueve de estas doce personas continúan en prisión preventiva en el momento que escribo estas líneas. Por otra parte, Carles Puigdemont, expresident de la Generalitat, y los exconsellers Toni Comín, Clara Ponsatí, Lluís Puig y Meritxell Serret están en el extranjero, donde marcharon para tener el amparo de la justicia de otros países europeos, igual que Marta Rovira, secretaria general de Esquerra Republicana de Catalunya (ERC), y Anna Gabriel, exdiputada y dirigente de la Candidatura d'Unitat Popular (CUP).

¿Habría podido ser de otro modo esta historia? Sin duda. Habría bastado con escuchar atentamente lo que nos decían algunas personas sabias que –ajenas al conflicto– observaban lo que sucedía. Todas las partes fueron advertidas, sobre todo la parte que tenía y tiene más poder, el gobierno español. Recuerdo que, en junio de 2014, de visita a España, el prestigioso académico y político canadiense Michael Ignatieff, estudioso de los nacionalismos entre otras cosas, fue muy elocuente preguntado al respecto: «Es esencial que España encuentre una salida democrática a las demandas catalanas, porque mientras no lo haga estará creando un problema de democracia en la Unión Europea. Si los catalanes demandan un cambio constitucional o un proceso de consulta, se les debe escu-

char y hallar entre todos una solución política. Mi partido, el Partido Liberal canadiense, rechaza la división del país, pero reconoce que en un mismo Estado pueden convivir dos naciones. En las últimas elecciones en Quebec, los que no querían separarse fueron el 60% y hay un 30% que no quiere saber nada de Canadá. Para sobrevivir juntos no hace falta que sea una historia de amor». Ignatieff (como otras ilustres personalidades internacionales) fue desoído, desgraciadamente. Aquellos consejos resuenan todavía hoy dentro de mi cabeza.

Nos hacía falta y nos hace falta mucha política y, para poder hacerla, necesitamos también información rigurosa y reflexión solvente, lo más tranquila posible, aunque eso no es precisamente fácil, dado que la crisis catalana es un volcán de emociones a flor de piel, como es comprensible a tenor de todo lo que ha pasado y todavía está pasando. Este libro es también, si se me permite, una invitación a regresar a la política, a partir de las lecciones que podemos extraer del ensayo general de una revuelta que no ha acabado bien. Tenemos la obligación moral y cívica de leer las enseñanzas que emergen de todo lo que hemos vivido y estamos viviendo, y sólo lo haremos si estamos dispuestos a cuestionar lo que sabemos y lo que pensamos, y lo que creemos saber. Debemos estar dispuestos a convertir en revisables y provisionales nuestras ideas políticas, sin que eso implique abandonar nuestras convicciones.

Las cosas no suceden porque sí. El historiador Jordi Casassas nos recuerda que «el conjunto del catalanismo sentimiento, movimiento y político ha evolucionado en un terreno casi siempre muy poco favorable gracias a saber adaptarse a la realidad cambiante y a no acabar de perder nunca un cierto carácter resistencialista. En su reivindicación política, el catalanismo nunca ha retrocedido porque el sentimiento catalanista evolucionaba conjuntamente con la movilización y la política y de esta manera no habría respondido a consignas que representaran un retroceso nacional. La política del catalanismo ha tenido la sensibilidad para darse cuenta de esta circunstancia. No podemos sorprendernos, pues, de la manera como la ciudadanía catalana responde una y otra vez a las consignas políticas actuales, por más que a veces puedan parecer contradictorias. La sociedad catalana actual es heredera de un catalanismo sen-

timiento muy profundo porque se ha construido en una dinámica histórica de una densidad extraordinaria. En la actualidad, además, ha sabido adaptarse a las exigencias de una sociedad plural, global e individualizada como la catalana». Así, pues, el proceso catalán responde a unas constantes del catalanismo pero, al mismo tiempo, representa también una mutación histórica, que consiste en la soberanización de este catalanismo, una transformación que algunos consideran irreversible y otros no. Nunca, hasta ahora, los planteamientos independentistas habían tenido en Cataluña un apoyo tan amplio y movilizado, aunque todavía no ha superado el umbral electoral del 50%, lo cual nos dice que la mayoría parlamentaria no se corresponde con la mayoría social. La reforma del Estatut, impulsada por Pasqual Maragall durante su etapa como presidente de la Generalitat, fue el último intento del catalanismo político de encontrar un encaje más justo, más equitativo y más eficiente de la nación catalana en el Estado español. El fracaso de aquella vía abrió la puerta a la hipótesis de la secesión, que siempre había sido minoritaria y marginal dentro del catalanismo o nacionalismo catalán. Como dejó escrito al profesor Vicente Cacho Viu, «el “separatismo”, al que incidental pero recurrentemente aludían las diversas partes contendientes en el pleito catalán, no pasaba de ser un recurso verbal de enfrentamiento, una estrategia disuasoria o de intimidación, empleada tanto dentro como fuera del Principado».

El proceso catalán es un movimiento político muy transversal, impulsado por las clases medias que más habían confiado en el modelo autonómico surgido con la transición. Dentro de este movimiento late un desengaño colectivo sobre la manera de organizar el poder, la soberanía y las identidades nacionales en la España contemporánea, y también late el malestar que provoca la crisis económica global y un sentimiento de humillación estructural; estos sectores sociales catalanes se sienten discriminados por las decisiones que provienen del gobierno español y, entonces, desconectan mental y emocionalmente de lo que representan los poderes de Madrid. No es una desconexión de la realidad humana, social y cultural de España, sino de las estructuras institucionales y de los símbolos que las acompañan, como puede ser la monarquía. En términos técnicos, se produce una fractura de las lealtades básicas de una parte

importante de la población catalana respecto del Estado del que forma parte y que contribuye a sufragar con sus impuestos. La novedad histórica es esta desconexión y su transformación en la demanda política de un referéndum pactado para decidir el statu quo de Cataluña.

Pero el nuevo independentismo presenta una contradicción insalvable desde el primer momento: aspira a una ruptura indolora, lo que sería hacer la tortilla sin romper los huevos. Es un movimiento que desafía al Estado español pero quiere hacerlo con el estilo de la gente de orden, como corresponde a un país donde –a pesar de las dificultades sociales, agravadas por la crisis– hay un alto nivel de bienestar y de cohesión, y donde el ascensor social ha funcionado bastante bien durante décadas. Joaquim Nadal lo ha resumido de esta manera: «Sorprende mucho que el soberanismo, que es hoy en Cataluña un movimiento esencialmente interclasista y mesocrático, se deje llevar con tanta facilidad por los postulados del radicalismo anticapitalista que exhibe su condición de organización antisistema y su modelo de desobediencia civil a la cara de las clases medias de Cataluña, que lo miran complacidas». Otra contradicción insalvable, y unida a la anterior, es el hecho de que el partido principal del proceso, cuando menos hasta 2017, la antigua *Convergència Democràtica de Catalunya* (CDC), espacio político hoy bajo otras marcas, intenta ser creíble como herramienta de ruptura cuando es una opción de estabilidad, ligada a los intereses generados por décadas de poder institucional en Cataluña y participación en la gobernabilidad española; el cortocircuito que provoca esta circunstancia no es menor y contribuye profundamente a sacudir las coordenadas y las categorías que habían informado la política catalana desde 1980, cuando Jordi Pujol alcanzó la presidencia de la Generalitat.

Estas dos contradicciones van acompañadas de un factor que debemos reseñar: el espacio independentista no tiene un líder único y reconocido por todo el mundo, con autoridad indiscutible para imponerse a las reyertas partidistas y las tensiones entre varias sensibilidades; esto se ve agudizado por la prisión, el exilio y la sombra de futuras más que probables inhabilitaciones. Además, y por si fuera poco, el proceso no ha podido librarse de un cierto pensa-

miento mágico que –inspirador de supuestas «jugadas maestras»– ha marcado la relación entre expectativas, resultados y responsabilidades, y que ha tendido a deformar los escenarios y las oportunidades. En este sentido, quiero reproducir lo que escribí en el libro *Per què hem guanyat*, publicado después de las elecciones catalanas consideradas plebiscitarias del 27 de septiembre de 2015: «No debemos perder nunca el sentido de la realidad si no queremos que nuestra ilusión acabe siendo estéril. Por otra parte, el camino de la independencia también dependerá de las decisiones que, después del 27-S, vayan tomando nuestros representantes democráticos. Espero que lo hagan pensando siempre en el mandato surgido de las urnas y en el interés general». Las decisiones, finalmente, fueron las que fueron, como todo el mundo sabe.

La primera y más importante misión de cualquier Estado constituido, en todo el planeta, es preservar su existencia; el movimiento independentista catalán lo sabía perfectamente, pero calculaba que la respuesta de Madrid sería otra. A la vez, es innegable que una causa que moviliza durante años a dos millones de personas no es fácil de disolver ni de frenar, incluso juzgando y encarcelando a sus máximos dirigentes. Hay un empate, de facto, no sólo en el interior de la sociedad catalana: es un empate entre el Estado y el movimiento independentista. Retomemos el asunto central: habrá que hacer política. Gutiérrez-Rubí lo ve así: «necesitamos tiempo, discreción, profesionalidad, nuevo lenguaje, serenidad y realismo para poder abordar un arreglo que nos predisponga a posibles soluciones en busca de “la” solución». Ignacio Sánchez-Cuenca propone que cada parte del conflicto haga renunciias «imprescindibles» como, por ejemplo, que no se hable de «golpe de Estado fallido» sino de crisis constitucional y, a la vez, que no se hable tampoco de «mandato democrático» surgido del referéndum del 1 de octubre, entre otras consideraciones. Modificar el lenguaje es un primer paso. «Mientras no se abandone esta forma impropia de hablar –escribe este profesor de Ciencia Política–, será muy difícil, por no decir imposible, encontrar un terreno común en el que poder dialogar sin tirarse las palabras a la cabeza.» Son buenos consejos que –no lo puedo evitar– me hacen pensar en una frase del norirlandés Gerry Adams, el exlíder del Sinn Féin, partido que había sido el

brazo político del Irish Republican Army (IRA): «la negociación más difícil es la que uno lleva a cabo con su propio bando, vencer a los tuyos de que se comprometan a fondo con una estrategia que presenta grandes desafíos». El fuego amigo es siempre el más hiriente. Así como es muy difícil encontrar líderes que, en cada lado del conflicto, quieran representar el papel de lo que Hans Magnus Enzensberger denomina «el héroe de la retirada», el que tiene el coraje de desactivar las bombas en vez de lanzarlas sobre el enemigo.

Mi deseo es que este *Ensayo general de una revuelta* sirva para empezar a hablar del proceso catalán y de la solución al conflicto de otra manera, más política, más realista, más constructiva, más desapasionada, y más flexible. Con más respeto por todas las posiciones. Más autocrítica por parte de todo el mundo, por descontado. Es un anhelo quizá ingenuo, pero es mi pequeña responsabilidad. Acabo con unas palabras del filósofo y amigo Daniel Innerarity, voz sensata y lúcida, que hago mías: «una visión rígida de la idea de unidad del Estado o del pueblo de Cataluña hacen inviable cualquier solución democrática porque el marco da la razón a una de las partes. Quien ponga encima de la mesa la unidad del Estado como un límite que no permite modulaciones o la autodeterminación como un derecho innegociable ha de saber que está imposibilitando el diálogo y la transacción. No podemos convertir un posible punto de llegada en un inevitable punto de partida».

Barcelona, junio de 2019